

REPORTAJES A JUAN GRABOIS

2020

i.PERFIL

Septiembre 2020.

Por Jorge Fontevecchia

Sus héroes son el Che Guevara y Mahatma Gandhi. Su referente es el papa Francisco, a quien llama Bergoglio. Dice que el Gobierno es una nave que va en la dirección correcta, pero a la que le falta gente que reme. En la semana en la que las tomas de tierras y la escalada del conflicto policial alentaron el peligro de un estallido, quien conoce más el mundo de la vulnerabilidad explica dónde está el peligro.

Habíamos previsto hacer este reportaje sobre el plan de desarrollo humano integral que tiene mucho que ver con lo que se podría llamar desurbanizar el Conurbano. Sin embargo, dados los sucesos de los últimos días, debemos comenzar con un tema bien de coyuntura, ¿por qué desde el gobierno bonaerense, tanto Axel Kicillof como Sergio Berni y Andrés Larroque le adjudican a Fernando “Chino” Navarro y a Emilio Pérsico ser responsables de las tomas de tierras recientes y no a vos?

—Solo escuché a Sergio Berni hacer ese planteo. Tiene que ver con disputas políticas que vienen de hace mucho tiempo. Tengo algún vínculo con Sergio, cimentado por denuncias que hicimos a grupos narco en los últimos meses en algunos

distritos muy complicados. Allí él respondió bien, porque son temas jodidos. Los compañeros no se animan a denunciarlos abiertamente. En esos casos, yo como abogado y como militante elaboro las denuncias. A partir de allí empecé a tener diálogo con él. En ese contexto, hablé y le dije que no se pueden dirimir disputas políticas con la gorra puesta arriba del patrullero y con las fuerzas de seguridad. Eso termina en una persecución política. Y no creo que tenga nada que ver con las tomas en sí mismas. Como las bases sociales de los movimientos populares están en el territorio, es absolutamente posible que haya gente identificada con las organizaciones a las que pertenezco también. Puede pasar que algunos hayan ido a buscar un terrenito. Y también puede que mis compañeros vayan a llevar comida, agua o abrigo para las familias que están ocupando, porque muchos de nuestros compañeros pasaron por la misma situación. Si lo hicieron, los felicito. Los 4.400 barrios populares que hay en la Argentina, las villas y los asentamientos que están registrados y que son anteriores a 2016, cuando se hizo el relevamiento, fueron ocupaciones ilegales. Las ocupaciones ilegales son la forma que tiene el 25%, 30% más pobre de la sociedad para resolver el acceso al hábitat. No es un problema de valoraciones morales: es un problema de oferta y demanda.

—Andrés Larroque, ministro de Desarrollo de la Comunidad de la provincia de Buenos Aires, dijo: “Una persona o una familia no se aventura individualmente a una toma. Es obvio que las organizaciones sociales o políticas que están en el territorio entienden que puede ser una solución”.

—El Cuervo se equivoca en el diagnóstico. El 90% de las tomas son desorganizadas, según mi experiencia. Se producen cuando se combina una serie de elementos. Lo viví en determinados momentos. Por eso preveía que iba a haber una

oleada hace dos meses y medio. Cuando hay un deterioro de autoridades de las fuerzas policiales, los principales instigadores de las tomas son las fuerzas policiales. Son los que tienen el termómetro en el territorio, son los que pueden dar un guiño de que no van a reprimir y se montan sobre una necesidad. Porque la causa de las ocupaciones es una necesidad incuestionable. El déficit habitacional en la Argentina es de 5 millones de viviendas. Un terreno sin papeles vale un millón y medio de pesos. Nadie que vive en una barriada de Lanús o Lomas de Zamora tiene esa plata. No hay otro destino posible, si no hay una intervención en términos de política pública planificada de cómo se va a desarrollar la vida de las generaciones que ya están y las que vendrán. Por eso decimos que hay una crisis de planificación cuando planteamos el Plan de Desarrollo Humano Integral.

—Lo que no se planifica se hace espontáneamente. Podría decirse que lo hace de hecho el mercado.

—Esto es mercado libre. Es así. La Salada es mercado libre y las tomas son el mercado libre de las inmobiliarias. No hay planificación, que es la lógica contraria a la de la acumulación. Sobre las necesidades se montaron negocios. Todo el barrio de La Salada, donde hay tres ferias importantes Urkupiña, Punta Mogotes y Ocean, surge como una especie de resistencia de los talleristas bolivianos frente a la explotación de las marcas. Se propusieron vender directamente. Después eso se va estructurando y empieza a jugar la ley del más fuerte.

—Dónde no hay Estado aparece el mercado en el sentido más primitivo y salvaje del término.

—Exactamente. Hay algunos economistas neoliberales, como Hernando de Soto, que hacen hasta una reivindicación

romántica. Llaman capitalismo popular a este tipo de ferias y barrios jóvenes. Como puse en el artículo que publicaron ustedes, odio las tomas (<https://bit.ly/3bSKSim>). Veo lo que se sufre. Ahí se percibe la cristalización del Estado fallido, el fracaso de la capacidad de planificar. En China no hay déficit habitacional y, según el Banco Mundial, hay dos puntos de pobreza. Era un país que estaba en una hambruna absoluta. Saquemos la cuestión del régimen político, que debe ser discutida. Salió con planificación. El modelo chino demuestra que planificación y desarrollo de mercado son congruentes. Pueden coexistir niveles de planificación elevados de los objetivos sociales estratégicos con niveles de libertad de mercado.

—Y libertades civiles.

—Sí.

—En China, la gente no se puede mudar.

—Por lo que me explicaron, la gente tiene una suerte de pasaporte que le permite estar en un área geográfica. Debe pedir permiso para ir a otro lugar. Lo que ocurre en China pasa en el resto del mundo, solo que de manera encubierta. Un senegalés no puede entrar tranquilo a Bélgica. Hay que problematizar esos conceptos. La regulación de las migraciones se hace de una manera o se hace de otra. Se hace de iure o se hace de facto. El mar Mediterráneo es un cementerio generado por la civilizada Europa, aun con sus libertades civiles.

—Los chinos no permiten que todos vayan, por ejemplo, a Shanghai o a Beijing.

—Y estoy de acuerdo. Porque en la medida en que haya una planificación y acceso a bienes sociales elementales en el

lugar de origen o en la región de origen, la ley de la oferta y demanda en términos de migraciones es mala para la gente. Hay víctimas de trata de personas, del tráfico humano, de las peores condiciones de precariedad. Hay una lógica de la que hablamos en otro reportaje que hace generar una periferia en los núcleos de abundancia (<https://bit.ly/32rzZRP>). Es una lógica que nos lleva a la destrucción. La lógica contraria debe propender a un equilibrio entre igualdad, libertad y fraternidad. No soy un experto en el modelo chino, lo estoy estudiando. Una cosa que me impresiona es que en los documentos de su Partido Comunista o del Estado aparecen cosas que no se escuchan en la democracia occidental o en el sistema capitalista. Por ejemplo, metas: cuántas toneladas de acero se van a hacer. Y todo con una sinceridad brutal. Vivimos en un mundo de engaños políticamente correctos.

—¿Percibís una interna en el medio de las tomas de distintas posiciones entre el albertismo del Chino Navarro y el kirchnerismo/cristinismo de Berni y Kicillof?

—Algo de eso hay. Al Chino no lo conozco tanto, pero conozco mucho a Emilio. Es un hombre muy frontal. Si va a hacer algo, lo hará a cara descubierta. No creo en la hipótesis que dice que tienen alguna participación en eso. Tengo una posición sobre el tema que planteás sobre el albertismo y cristinismo. El albertismo les sirve a los albertistas, no a Alberto. El contrato electoral establece que Alberto es una figura de equilibrio en una coalición inestable, con una orientación general pactada: llegar a todos empezando por los últimos. La idea es hacerlo con un liderazgo más líquido y persuasivo que el más avasallante de Cristina. Leí la nota que hiciste a este pensador del populismo, Pierre Rosanvallon (<https://bit.ly/3kfD2Cm>). La palabra populismo tiene una carga valorativa negativa. Liderazgos como los de Cristina se meten en el corazón de

una porción del pueblo y se convierten en un mito. Jorge Bergolio escribió un documento, que me impactó mucho, que se llamó primero “De habitantes a ciudadanos” y luego le cambió el nombre: “De habitantes a ciudadanos, de ciudadanos a pueblo”. Allí entra el concepto de pueblo como unidad de destino. La sociedad es un concepto de la ilustración, mientras que la idea de pueblo contiene un elemento histórico, cultural y mítico. Figuras como la de Cristina tienen una doble dimensión. Son mito y realidad a la vez. En esa realidad están todos los defectos, los errores, y en el mito están todas las cosas lindas y buenas, que están en el corazón del pueblo. Alberto no tiene esa característica ni quiere tenerla. Su rol es equilibrar la coalición heterogénea donde está Cristina y la gente que se identifica con ella, está Sergio Massa, hay un montón de organizaciones sindicales de distintas posiciones. Un albertismo desequilibraría esa coalición. Por otro lado, en nuestra Constitución el Ejecutivo es unipersonal. Por lo tanto, los funcionarios no pueden ser librepensadores. Si querés ser un librepensador, dejá el cargo, el auto con chofer y el sueldo. Es lo que hago. Está el Parlamento si querés denunciar las cosas desde la posición de un dirigente social. Pero el Ejecutivo debe ser una estructura relativamente disciplinada para cumplir su función. Me parece muy triste ver a funcionarios del mismo espacio político de alto rango discutiendo en la televisión. Se lo dije a los dos: al Chino y a Berni. Emilio no participó de esa discusión. La gravedad de la catástrofe socioeconómica que vivimos en la Argentina requiere que el Frente de Todos deje de hacer y decir boludeces y se concentre en resolver los problemas.

—Usás la figura de Zygmunt Bauman, el líquido. Pienso en un material que es líquido pero que luego se solidifica uniendo las partes: la mezcla en una construcción. Su papel es solidificar

partes desunidas. ¿Se rompería el edificio si se consolidara como parte?

—Eso es lo que digo. Alberto es el cemento.

—¿Con qué frecuencia te ves o hablás con Alberto y con Cristina?

—No mucha. Ponele que cada dos meses. A veces intercambio algún mensajito.

—Pero tenés alguna regularidad con ambos.

—Sí...

—¿No te distingue eso? No tenés responsabilidades como el Chino Navarro.

—Eso es así. Los movimientos tenemos una especie de crisis de identidad, cierta esquizofrenia. A veces somos dirigentes políticos, otras dirigentes sociales. A veces somos sindicalistas; otras, funcionarios del Estado. Tiene que ver con la complejidad de la sociedad actual. Uno de los problemas que tenemos para terminar con la grieta es que hay una crisis de representación sectorial. No como fue en 2001, que nadie quería a nadie que viniera de la política. Ahora hay un 30%/35% fácil que se identifica con Mauricio Macri y casi un 40% que se identifica con Alberto y Cristina. La representación política es muy sólida. Lo que no hay es representación sectorial. Los sindicatos y los movimientos sociales estamos divididos, no representamos a los trabajadores. Las cámaras empresarias no representan a los empresarios y la Mesa de Enlace tampoco representa a todos los trabajadores de la tierra. Hay un problema de representación. Eso impide acordar paritarias que, a su vez, implican establecer un criterio de

justicia distributiva y una planificación, previsibilidad, seguridad jurídica sobre cómo se va a distribuir la riqueza en el país.

—En el primer reportaje que te hice en PERFIL, dijiste una frase que te pinta: “Si el capital tuviera nombre y apellido y yo pudiera hablar con el señor capital, creo que lo convengo. El problema es que son un montón y que cada uno hace su negocio”.

—Es lo que estoy tratando de decir.

—No tenes ningún cargo, Lilita Carrió te acusa de ser el vocero del papa Francisco ¿Cómo es tu relación con el Papa?

—Es bastante jorobado que te atribuyan posiciones o roles que no son los tuyos. Me pasó con Eduardo Amadeo en Clarín, y respondí.

“Alberto tiene un estilo de conducción más líquido y persuasivo que el de Cristina.”

—Hiciste uso del derecho a réplica y te lo publicaron.

—Se lo agradecí. Era una carta dirigida a mí en la que él explicaba cuál era la posición de Juan Grabois. Le respondí a la posición ficticia que me atribuía. Lo mismo pasa con los roles. Te atribuyen determinados roles con el objetivo de anular al otro. En el caso de Elisa Carrió, como a muchos dirigentes que conocieron a Bergoglio personalmente, tiene una especie de complejo de frustración. A él le tocó ser Papa y a ella, ser una política medio pelo. Le cuesta asumir ese rol de actor de reparto en el sainete de nuestro país.

—¿Hay envidia?

—Sí. Y necesidad de enlodar todo lo noble, todo lo que ha logrado trascender la mediocridad. Soy parte de esa

mediocridad. Pero el papa Francisco no. Intenta hacer otra cosa. No está en la interna del PJ.

—¿No promueve la toma de tierras?

—No. Lo peor es que se da por asumido que promuevo las tomas de tierras, lo que es una gran mentira. No solo no promuevo las tomas de tierra, sino que las odio. Y promuevo una alternativa, a diferencia de ella. Tengo un plan. Carrió firmó una ley cuya redacción en un 60% fue de este servidor: la Ley Nacional de Barrios Populares, que conlleva una expropiación masiva, declara de utilidad pública y sujetos a expropiación muchos macizos de tierra pero donde están 4.400 barrios populares. En el momento tuve una discusión con Cristina, pero me entendió y me ayudó. Ella me preguntaba cómo podía salir la ley desde el macrismo. No podría salir en un gobierno popular, porque dirían que iba contra la propiedad privada. En cambio, a la derecha de Mauricio Macri no hay nada. Era la única posibilidad que teníamos. Y lo negociamos nosotros con el macrismo. Estuvieron en la negociación Fabián Rodríguez Simón, Mario Quintana, Carolina Stanley, Marcos Peña. Con algunos de ellos me llevo más o menos y con otros muy mal, pero tenemos una perspectiva que trasciende a quien gobierna.

—¿La acumulación de problemas y la propia pandemia pueden hacer que una chispa encienda un desmadre?

—Estamos en una situación en la que hay un embudo que se achica. En el embudo entra todo. Lo sanitario, lo económico, lo psicológico cognitivo, como diría Facundo Manes, el agotamiento. Y ahora se suma el tema policial. Hay presión y se va atorando. Para administrar la situación, el Gobierno hace algunas cosas muy bien, otras regular y otras definitivamente mal. Los más pobres tienen mucha conciencia de la

importancia de cuidarse y cuidar al otro en términos sanitarios y alimentarios. Es una reserva organizacional en la que contribuimos. La gente va a aguantar, pero necesita tener una perspectiva.

—¿La retención de tareas de la policía se encuadra dentro del mismo síndrome, de ese embudo?

—En el tema de la policía se combinan varios elementos. Uno es su sueldo, que se compone de tres partes: el salario propiamente dicho; los adicionales que hacen, por ejemplo en el fútbol, que se perdieron con la pandemia, y las changas ilegales o semilegales, que son generalizadas: los bingos, la protección. Se les acabaron durante varios meses, y eso genera un clima. Y sobre ese clima, sobre el ingreso de la policía, que no es muy inferior al de los enfermeros, aparece algo que huele a otra cosa. Una cosa es protestar de civil y otra es ir con un fierro y un patrullero a la Casa de Gobierno. Después de ver lo que pasó en Ecuador o en Bolivia, me parece que el Gobierno debería tener una actitud muy firme frente a eso, con independencia de la situación salarial, que también hay que resolver. ¿Cómo se les va a pedir a los que no tienen nada que tengan disciplina social si los que se supone que representan la ley y el orden van con sus armas y los patrulleros frente de la Casa de Gobierno y abuchean a su superior jerárquico? Lo que se arma es una escena patética. Muestra la lumpenización de la fuerza y una piqueterización de los sectores del orden, sectores medios, sectores medios altos. La Policía Bonaerense siempre fue una fuerza muy atravesada por la semilegalidad, para ser benévolos.

—En un reportaje como este, Mario Ishii dijo que para fines de agosto se produciría alguna forma de estallido. Parece que más o menos se le cumplió la fecha. Otros intendentes en off

sostienen que cierta mano de obra desocupada que antes manejaba estacionamientos, reventa de entradas y comercialización de menudeo de drogas en eventos se quedó sin trabajo y parte de ese trabajo es ver qué tierras se pueden revender, se pueden promover.

—Hay que partir de la premisa de que cualquier situación de ocupación de tierra o del espacio público para trabajo tiene una causa real. No es ni el narcomenudeo, ni la mano de obra desocupada. Esa motivación es que no existe un proyecto para ese sector de la sociedad, ni habitacional ni laboral. Es la causa madre, después llegan los condimentos. Las ocupaciones de tierra a veces son changas. Un tipo vende su fuerza territorial, agarra tres lotes, se queda con uno y vende dos. Es la inmobiliaria de la miseria. El que compra paga menos de 20 mil pesos lo que está valuado en un millón. Es La Salada de la tierra.

—Hubo una ley bonaerense, la 17.172, que suspendió los desalojos hasta el 30 de septiembre. Mucha gente que no paga su pieza desde hace cuatro meses tiene la espada de Damocles del desalojo.

—Es tal cual como decís.

—Hay un disparador previo, independientemente de que la policía haga la vista gorda.

—Si no lo prorrogan, va a ser un desastre cuando venza en septiembre. El valor del metro cuadrado de una piecita con un alquiler informal es bastante más elevado que el del que tiene garantía y puede pagarlo en la ciudad formal. Hay un sobredimensionamiento de la situación, porque todavía no sucedió el gran estallido de tomas.

—¿No hubo más de 300 tomas?

—Hay que ver cuáles se consolidaron y cuáles no. Nadie tiene el mapa total de lo que pasó. Hago un seguimiento bastante fino, porque es un tema que me apasiona la búsqueda de una solución y cómo expresa el drama del capitalismo dependiente que en países como el nuestro no les podemos dar un terrenito a esas familias. Son jóvenes con sus chiquitos que se meten ahí a pasarla horrible. Son laburantes.

—¿Cómo explicás el entramado de las intervenciones de barras bravas, vendiendo la ocupación de terrenos y luego vendiendo el desalojo a sus propietarios?

—Existe, pero son todos fenómenos concomitantes y no determinantes. Los barrios son tan grandes que se toman por sectores. Uno, por la barra brava; otro, por un pibe de un movimiento social quizás. Y otro, por un aseñora normal, una doña de barrio con liderazgo. No hay un procedimiento estandarizado.

—Son distintas formas de poder: el de la fuerza, el de la mente y el ético. Son liderazgos de distintas características...

—Hay liderazgos positivos y negativos. A la gente que no le gusta nuestro laburo, le digo que somos la última barrera contra el narcotráfico. Estamos en una temática que la política abandonó.

—En otro momento del reportaje de 2017 dijiste: “Como abogado defendí muchas veces situaciones de ocupación de terrenos y siempre los más virulentos frente a las ocupaciones de terrenos eran los vecinos del terreno de al lado, que no eran precisamente la oligarquía”. Para completar la multicausal,

tiene lógica que el intendente y los que viven en ese lugar sean los que más se oponen porque luego tienen que pagar o compartir los servicios, las cloacas, las calles.

—Es como decís. Para los vecinos implica otra serie de costos: deterioro de su calidad de vida, depreciación de sus propiedades. Pero el problema es más de física que de ideología: cuando el espacio no alcanza, la gente busca otro. No hay otra forma de resolverlo que no sea cierto nivel de planificación. Hay que darle a la gente la opción de lotes con servicios organizados, urbanizados en tierra. En tierra comprada por el Estado, porque la hectárea rural en Argentina vale cerca de 5 mil dólares. De ahí se puede sacar 22 lotes. Luego hay que acompañar a la gente en el proceso de construcción de su vivienda.

“En 2001 hubo crisis de representación política, hoy el problema es de representación social.”

—Escribiste: “Los excluidos forzados a trabajar en la vía pública u ocupar un terreno para vivir no son responsables de sus propios padecimientos. Son víctimas de un sistema fallido en el que, paredón de por medio, algunos tienen lagos artificiales y otros no tienen agua potable”. ¿Lázaro Báez tiene derecho de entrar al country donde está su propiedad?

—Me importa poquísimo la situación de Báez y sus vecinos del country. Es parte del show. Sí me preocupa el problema de los lagos y del agua. En Campana, al lado de Howard Johnson, la villa no tiene agua.

—Hablamos de anomia. Ni el Estado puede cumplir en que no se ocupen las tierras ni puede conseguir que el señor dueño del country entre a una propiedad. Hay un paralelismo.

—No me cabe la menor duda. Es un sistema fallido que solo le sirve a una minoría. Ni siquiera para los muchachos del country, que tienen delirios de grandeza. Termina mal una sociedad en la que la mitad tiene miedo y la otra mitad tiene hambre.

—¿Podrías sintetizar cómo es ese plan de desurbanizar el Conurbano y reurbanizar el interior?

—En la Constitución del 94 hay un artículo, el 124, que establece la regionalización del país. Se constituyeron las regiones, pero no con el sentido en el que estaba en el espíritu de la Constitución, que era desconcentrar el país. Desconcentrarlo a través de medidas muy sencillas. Ni hablemos de comunidades rurales organizadas. Por ejemplo, que YPF, que tributa en la Ciudad de Buenos Aires, establezca su sede en otro lugar que queremos repoblar. Hay muchas medidas que se pueden tomar para desconcentrar la Argentina, hipertrofiada e hiperconcentrada en Capital y el AMBA, Rosario, Córdoba y alguno que otro lugar más. Tiene que haber una nueva demografía productiva y comunitaria que aproveche el viento que trae el Covid-19. Ni la gente quiere vivir hacinada, ni las empresas desean estar constantemente sometidas a cuarentenas.

“La inestabilidad política que emerge de la inestabilidad social también tiene costo económico.”

—¿El teletrabajo permitiría que las personas pudieran trabajar en una ciudad viviendo en otra?

—Desde luego. Son ventajas de la tecnología. Hay muchas fábricas que se pueden relocalizar en otros pueblos, en pequeñas ciudades. Se puede crear ciudades nuevas, ciudades fábrica. Es algo que hablé con industriales de la UIA.

Juan Bautista Alberdi decía: “Gobernar es poblar”. Y Juan Perón decía que gobernar es crear trabajo. Son dos tradiciones positivas de la Argentina: la de los liberales de verdad y la del peronismo. Hay que recuperar ese espíritu para poder tener una perspectiva de futuro.

—La palabra contraurbanización, contraria al exceso de urbanización, surge en Europa, en Estados Unidos o en los países desarrollados después de la Segunda Guerra Mundial. Hay estudios de geógrafos sobre el tema de construir ciudades intermedias. La construcción fue la clave para el resurgimiento alemán luego de la guerra. Hoy, el 80% de la población de Alemania vive en ciudades de menos de 100 mil habitantes. Para eso hace falta detrás una red ferroviaria. Evidentemente, el costo del terreno no es el problema, sino la infraestructura. ¿Cómo es el plan que planteás para dar más trabajo?

—Me gustaría señalar un matiz. La gente no se movía de la Ciudad o del Conurbano hasta la irrupción del Covid-19, que cambió la subjetividad de muchos compañeros de los sectores populares. No quieren seguir viviendo en esas condiciones. Hay gente del primer cordón que se está yendo a zonas lejanas, como el fondo de Ezeiza. Van a buscar un cachito de tierra en miniocupaciones hormiga, que no se ven en televisión pero existen. En el Plan de Desarrollo Humano Integral nos juntamos con tres gremios del transporte. Estaba el mito de que el camión compitiera con el tren. Y no es verdad. El tren está para las distancias de más de 400 kilómetros y el camión, para la corta y mediana distancia. Es algo que saben los sindicalistas. Pero en la Argentina no tenemos una ley federal de transporte. Nuevamente, perdimos la capacidad de planificar. Ningún político de los que entrevistaste se tomó más de dos horas de tiempo en pensar cómo hacer para construir una nueva demografía en Argentina. Están tapados por la

coyuntura, por el día a día, y están tapados también por la cultura del espectáculo, que impide el desarrollo del pensamiento estratégico, táctico y ejecutivo. Juan Grabois, en la entrevista con Jorge Fontevecchia.

—¿Con la pandemia y el cambio de subjetividad hay una oportunidad para que en las próximas décadas Argentina solucione su problema crucial, que es el Conurbano? ¿La Argentina de 2040 tendrá una geografía diferente?

—La hiperconcentración de la Argentina es particularmente aguda. Argentina es el octavo país más grande del mundo. Debe ser el tercero o cuarto más hiperurbanizado en términos de concentración. Nuestra población rural dispersa es menor al 7%. No está agrupada en pueblos y la agrupada también es muy pequeña.

“El Gobierno debe hacer un click: pasar de la discusión a la ejecución. Alberto es el cemento que une.”

—Este es el tema que generaba aquella paradoja que te hacía coincidir con Susaba Giménez acerca de que hay mucho lugar en el interior para habitar.

—A veces no importa tanto el qué se dice, sino desde qué lugar y con qué intención.

—El medio es el mensaje.

—Claro. No sirve si es para despreciar a la gente. Si mañana generamos un perfil.com/registrodedemandahabitacional y le proponemos al público que se anote y le damos diez hectáreas de tierra con internet y con agua de riego, se llena de gente. O que se anote quien estaría dispuesto a irse a más de 30 kilómetros de su lugar de residencia para tener un terrenito de 300 metros cuadrados para construir su casa. Pensé en

hacerlo para mostrar la demanda de la gente por tener un proyecto de vida. Existe mucha desesperación por tener ese proyecto. La gente que no quiere vivir más así. Hay una energía que podría ser canalizada hacia la construcción de un proyecto de país. Parte de la epopeya es reconstruir y reconfigurar la demografía de la Argentina.

—¿No implicará una pérdida de poder para la política y todos los que hacen negocios con la pobreza?

—El maquiavelismo de la política está sobredimensionado. Nadie tiene ninguna estrategia. Es una inercia que erosiona la vida social. El problema son las implosiones constantes.

“La economía popular conlleva valores que no cotizan en Bolsa, pero que son esenciales.”

—Hace ya casi cuatro años decías: “Hay un sector de la sociedad que, desde el punto de vista de la necesidad de capital, piensa que si se tirara una bomba y murieran todos sería mejor porque no es funcional para el proceso de producción y de circulación, es antifuncional e incluso disfuncional en algunos casos. Es un costo”, Luego agregabas en el tema del trabajo, o sea, yendo a la teoría del Papa de esa parte de la población que parece un excedente innecesario, que sería mejor que no existiese, vos dijiste. En ese momento, Mauricio Macri hablaba de “pobreza cero”. Agregabas: “Aun si hubiera una distribución tipo ingreso universal garantizado, no se solucionaría el problema de la exclusión porque el problema de la exclusión está íntimamente vinculado con el trabajo. El trabajo tiene una dimensión objetiva, que es el mango que uno gana, y una dimensión subjetiva. Se puede resolver el problema del ingreso pero no resolver el problema del trabajo”. Hacías referencia a la diferencia entre trabajo y empleo, En tu plan vos planteás que hay 10 millones de personas que

quieren trabajar pero ni siquiera buscan empleo. No pueden tener un trabajo formal, pero podrían tener otro tipo de trabajo. Cuatro años después, ¿cómo evolucionó esta idea?

—Fuimos observando que los excluidos se inventaban su propia solución. Se inventaban el trabajo, a través de una infinidad de actividades heterogéneas. Se inventaban el trabajo también como forma de resistir a la exclusión, al asistencialismo y a la tentación del delito, entre elegir un carro de cartoneros o quedarte en la esquina vendiendo droga. Vimos que se hacía a través de una lógica dispersa. Nuestro rol era darle una lógica comunitaria, y organizamos a mucha gente en cooperativas, núcleos de agricultura familiar. En este momento tenemos siete casas comunitarias. Allí hay como 800 pibes haciendo un proceso de cambio, vinculado a adicciones. Logramos trabajar con otro sector de descarte, que son los liberados de los penales. Gente que sale sin un mango, sin formación, después de haber pasado años muy jodidos. Parecería que muchos creen que van a dejar de delinquir por arte de magia. Nadie hace seguimiento de su caso ni les propone opciones de trabajo. Nosotros empezamos ese laburo. Los resultados son impresionantes. Algo que le puede llegar a interesar a otro sector es que la reincidencia explica el 70% del delito en la Argentina. El que se va de la cooperativa reincide en menos del 1%. Lo mismo con los pibes que cayeron en situación de adicción. Se reducen las peores enfermedades sociales del sistema, se minimizan, aun sin una planificación del Estado. Imaginate si eso estuviera potenciado. Hay que generar 4 millones de puestos de trabajo en la economía popular, en esta economía improductiva de la perspectiva mercantil pero ultraproductiva desde la perspectiva ambiental, social, comunitaria, de seguridad, porque implica valores que no cotizan en Bolsa. Pero tiene impacto en la economía

financiera, porque la inestabilidad política que emerge de la inestabilidad social también tiene costos económicos. Se puede recorrer como estrategia de cambio con excelentes resultados todo ese valor social con planificación, regulación, intervención del Estado y organizaciones comunitarias con vocación de transformación social y no de administración de la pobreza.

—Te voy a mostrar algunas fotos (N de R: se le muestran fotos de distintas épocas de su vida). ¿Hay algo parecido a lo que vos elegís que tiene que ver con un cura? ¿Sos un cura laico? También pienso en Mahatma Gandhi, que cuando volvió a su país tomó el atuendo de las personas a las que representaba. Lo que veo en las fotos del primer Grabois y del último Grabois es que lo que hay es una mimetización con la gente que representa.

—Algo de eso hay. Pero no es algo planificado. El physique du rol no tiene mucha planificación. Y también está la tentación de comerse el personaje. El personaje que otros relatan es una suerte de terrorista islámico criollo. Pero hay una mimetización, es cierto. Siempre me gira en la cabeza el tema de la corrupción. Me pregunto por qué aparece en la actividad más noble que es la política, que implica pelear, luchar, dedicar tu vida para tratar de construir una sociedad mejor. Por qué se genera tanta corrupción. Esa corrupción está sobredimensionada en relación con la corrupción económica, porque el Estado está bajo ataque de los sectores del capital. Pero, por otro lado, hay una cuestión de los privilegios, de no tener claro dónde hay que poner el corazón. Lo decía también el Papa, parafraseando a Pepe Mujica; si te gusta mucho la plata, dedícale a ser empresario, artista; pero no a la política, que es servicio. Mi forma de pelear contra ese tema es renunciar a los privilegios. Si uno está dispuesto a renunciar al

country, al auto de alta gama, a tener un nivel de vida superior al de la media, está dando el ejemplo de vocación de servicio.

—Hablaste de un cierto voto de austeridad que implica vivir con un nivel de vida menor del que tenías antes de ser representante social.

—Es así. Fue una decisión.

—¿Qué dicen tu señora y tus hijos?

—Me rebancan.

—En el caso de un cura, la decisión es individual.

—Mi compañera era mi novia del secundario. Tuve a mi primera hija a los 19 años. Hicimos toda la vida juntos. Tomamos juntos las decisiones. Mi familia es muy feliz. Somos privilegiados, pero de forma diferente a los privilegios que tienen otras familias. Reafirmo mi opción de vida. Sobre todo en lo vinculado a tener una vida simple. Después, sí hay mucha carga y mucha presión.

—(N de R: se ve la foto de Grabois en el momento de su detención por defender a ciudadanos senegaleses). ¿También hay algo del Che Guevara?

—Uno siempre se quiere parecer a sus héroes. El que está dispuesto a dar la vida. No a tomar la vida de otro, eso no me gusta; pero sí dar la propia.

“Ni la gente quiere vivir hacinada ni las empresas desean estar sometidas a cuarentenas.”

—¿Sería la combinación de un Che y un Gandhi con valores XXI?

—Sí, ojalá.

—¿Es tu ideal?

—Ese es un ideal. Y también tengo mucha conciencia de mis propias limitaciones y las de la militancia. No tengo una versión idealizada de los militantes. El sujeto histórico no es el militante, es el pueblo. Los militantes pueden ser catalizadores, organizadores, promotores, predicadores.

—No la vanguardia iluminada de la que hablaba el comunismo.

—Exactamente. Eso termina mal. E implica no comprender los tiempos.

—¿Cómo termina este gobierno?

—Tiene que hacer un click. Salir de la deliberación y pasar a la ejecución. El Gobierno puede terminar muy bien o puede ser una frustración. En la Argentina es muy fácil hacer pronósticos catastróficos porque casi siempre se cumplen.

—La historia los torna verosímiles.

—Prefiero tener un pronóstico de esperanza. No creo que estemos bien. El barco va hacia donde debe, pero no se está remando lo suficiente. Y la corriente tira para el otro lado. Les pido a quienes ejercen la función pública, compañeros de ideales en muchos casos, que cumplan su responsabilidad con el rigor que corresponde. Que prediquen con el ejemplo, no solamente de una vida simple sino también de un compromiso con el laburo, con la ejecución y con la disciplina que requiere un momento tan complicado como este. Que busquen ejemplaridad.

—Y concretamente, para que eso se produzca, lo que parece una amenaza es una colisión de esos elementos diferentes, que todo se resquebraje. En líneas generales, las coaliciones, incluso los partidos, se dividen cuando hay derrota y se unen

cuando ganan. A la coalición gobernante la unió la derrota de 2017, pero más aún la unió ver que era tan malo Macri que había posibilidades de ganar si se alineaban.

—Es cierto. Tengo que agregar algo. Lo que unió a la oposición al macrismo fue la inteligencia estratégica de Cristina Kirchner. Hay que reconocerlo. Cristina comprendió qué era lo mejor para ese momento y la importancia del cemento para esa coalición.

—¿El cemento sería Alberto Fernández?

—Es Alberto.

—Lo crucial es si ese cemento podrá seguir cumpliendo su función y si las partes no se desintegrarán.

—Depende mucho de que el cemento sea sólido y que permita ir hacia adelante. Cuando no hay proyecto, hay disputa. Eso pasa en una organización social o en un club de barrio.

—¿El vacío genera el caos?

—Lo que se estanca se pud

II. LA NACIÓN TRABAJADORA

Por Claudio Marodones. Agosto 2020

-A siete años de su designación como Papa, ¿cómo ha impactado el pensamiento de Bergoglio en los movimientos populares argentinos?

-De manera dispar, porque el pensamiento político y social argentino tiene una contradicción de origen: el carácter elitista ilustrado y positivista de las élites de la izquierda liberal, que han logrado permear mucho en el campo nacional y popular. Hay que acordarse que en Argentina y en América Latina, nuestra Patria Grande es producto del mestizaje entre la cultura cristiana y las culturas indígenas precolombinas. Eso es un dato de la realidad que no va en desmedro del reconocimiento de los exterminios y genocidios que se produjeron por las aspiraciones colonialistas de España, Portugal e Inglaterra. No fueron patrimonio de una religión, sino del colonialismo europeo, sea protestante, católico y ateo. El imperialismo no tiene patria, religión, ni más bandera que la acumulación. Eso fue y será así. Este mestizaje cultural está muy arraigado en el pueblo y sobre todo en los más pobres. Pero para las élites urbanas eso siempre fue un peso. Es un lastre que surge de una posición en la que todo lo religioso y católico huele a conservadurismo.

-¿Es una limitación para que la prédica bergogliana impacte en la conversación y el debate político de los movimientos?

-Es un problema que no hubo en los movimientos populares de medio oriente, donde cualquier militante popular sabe que la religión es la cultura del pueblo y que las resistencias también están vinculadas a la religiosidad popular. Pero acá ese pecado de origen de la izquierda y del progresismo ilustrado tiene una raigambre antigua que viene desde Rivadavia y Mitre hasta acá. También del calco y copia de los conflictos europeos, donde la jerarquía eclesiástica tuvo otro rol y otra historia distinta a la que tuvo en América Latina. Eso hace que sea muy difícil para la clase dirigente argentina comprender el valor de un Papa latinoamericano en Roma, y la naturaleza revolucionaria de su prédica.

-Las definiciones políticas de la Iglesia han gravitado de distintas maneras en la historia reciente. ¿Cómo cree que fue esta discusión política con el Bergoglio de los 70?

-También a veces tenemos mala memoria y nos olvidamos de la lucha de los 70 que realmente existió y del movimiento de derechos humanos que realmente fue. Ese proceso de resistencia también lo desarrolló la Iglesia Católica con su movimiento ecuménico por los derechos humanos, con obispos como Miguel Hessayne, Jorge Novak o Jaime de Nevares, junto a las madres, los familiares de desaparecidos y los sobrevivientes. Esos sacerdotes no eran el curita simpático del barrio. Sino que eran Obispos. Noam Chomsky dice que el Plan Cóndor fue una guerra de exterminio contra la Iglesia, contra los sectores eclesiales vinculados a las luchas. Desde luego que hay otras tradiciones, como la tradición marxista y la del peronismo, que siempre estuvo muy vinculada a la doctrina socialcristiana. Pero quien quiera ocultar el rol que tuvo la Iglesia y los cristianos de base en las luchas de resistencia de la Argentina, quiere contar una historia que no es. Pasa lo mismo con la lucha popular de resistencia en los 90. También

con el paro contra la dictadura, con una movilización que fue convocada 3 o 4 días antes del inicio de la Guerra de Malvinas. Fue bajo la consigna Paz, Pan y Trabajo y salió de la pastoral social. Lo mismo sucede con la resistencia al macrismo, que estuvo muy asociada a la lucha de los cristianos de base con el apoyo de algunos obispos.

El sistema tiembla cuando hay una alianza, o cuando hay una fuerza donde se combina el pueblo creyente, la fe y el fervor popular, los movimientos sociales, la juventud y el estudiantado.

-¿Cómo ha reaccionado la jerarquía de la Iglesia ante esas luchas y reclamos?

-Hoy puedo decir que en la Argentina, el 60 o 70% de los obispos son macristas y es una realidad. Son macristas que no lo dicen públicamente y ahora pueden ser menos porque son muy veletas. El episcopado argentino es muy mediocre, salvo su presidente Oscar Ojea, que es muy lúcido y es acompañado por algunos pocos más, como Gustavo Carrara, obispo auxiliar de Buenos Aires, y Víctor Manuel Fernández, arzobispo de La Plata. Después hay un sector tradicionalista muy vinculado a los pentecostales. Lo mismo pasa en las iglesias evangélicas: hay un sector vinculado a los sectores populares y otro sector con mucho arraigo en los pobres al que hay que comprenderlo. Pero a mí me genera una contradicción.

-¿Por qué?

-Porque por un lado entiendo que encontraron respeto entre los más humildes y por otro lado también veo que hay un proceso de penetración del imperialismo muy planificado a través de las iglesias neopentecostales nuevas, que tienen estructuras empresarias. Eso tiene que ver con el vacío que

dejó la iglesia en las barriadas. También tiene que ver con la globalización que generó una espiritualidad a la carta. Por ejemplo: vos tenés el budismo real y los neobudistas macristas y posmodernos que hacen yoga. Es como una espiritualidad a la carta donde cada segmento social va a buscar algo. Los pueblos tienen hambre de Dios y trascendencia, algo que los sectores medios, politizados e ideologizados, desprecian y subestiman.

-¿Qué ejemplo podría explicar ese proceso?

-El distanciamiento, o la ruptura cultural, entre el pueblo creyente y la militancia de origen estudiantil. Creo que es un dispositivo del sistema para evitar la construcción de movimientos populares poderosos. El sistema tiembla cuando hay una alianza, o cuando hay una fuerza donde se combina el pueblo creyente, la fe y el fervor popular, los movimientos sociales, la juventud y el estudiantado. Eso es un poco como el prólogo de mi visión.

-¿Cómo caracteriza al papado de Bergoglio dentro de esa visión?

-Francisco es de alguna manera la síntesis de las tradiciones de la Iglesia latinoamericana, con todas las cosas que a mí me gustan y otras que pueden no gustarme, porque una síntesis siempre implica un poquito de todas las partes. Es como un poliedro. A veces a nosotros nos cuesta comprenderlo porque se usan categorías europeas: conservador – progresista o izquierda – derecha, cuando la categoría fundamental es pueblo – antipueblo, elite – mayorías. Entonces Francisco es un Papa de los pueblos. La categoría hermenéutica y teológica del Papa Francisco es el pueblo como construcción histórica, con sus mitos, sus héroes y heroínas, con su fe, con sus sufrimientos y esperanzas y no una visión sesgada y abstracta

de la gente, de los ciudadanos y de la sociedad. Son conceptos sociológicos, si se quiere, y no encarnados en la realidad de nuestro pueblo.

Es como un poliedro. A veces a nosotros nos cuesta comprenderlo porque se usan categorías europeas: conservador – progresista o izquierda – derecha, cuando la categoría fundamental es pueblo – antipueblo, elites – mayorías. Entonces Francisco es un Papa de los pueblos.

-La llegada de Bergoglio al Vaticano implica una inflexión clave en las discusiones teológicas del catolicismo sobre el protagonismo de los trabajadores y los excluidos, pero es un debate que hace treinta años estaba definido por las grandes discusiones entre cristianos y marxistas. ¿Cómo impactaron esos debates en el pensamiento político de Bergoglio?

-No soy un experto en las distintas líneas teológicas que de alguna manera debatían en los 70. Tengo claro que uno de los puntos de división era la aplicación del análisis marxista a la interpretación social, más vinculado a la línea de la teología de la liberación y después los análisis de naturaleza latinoamericanistas en la rama de la teología del pueblo. Ahí hubo una disputa que se desarrolló en la guerra fría, donde existían dos grandes polos: el polo soviético y el capitalista. Influían y polarizaban en todas las posiciones. Y después de ambas teologías la diferencia es que una tenía como categoría a la clase trabajadora y la otra al pueblo. Esa diferencia hoy esta desdibujada, es una cosa que no tiene más actualidad, es una disputa que no existe más.

-¿Por qué?

-Porque el mundo a partir de la década del noventa cambió plenamente. Las contradicciones pasaron a estar entre el

capitalismo unipolar del fin de la historia y la nada misma. De esa nada misma, tomando algunos jirones de la historia y con las luchas nuevas, se fue construyendo una nueva teología y un nuevo pensamiento social que el Francisco de la madurez empieza a expresar ya por 1994, en pleno liberalismo, cuando él, mientras muchos progresistas trabajan en el grupo *Clarín* o le chupaban las medias a Menem, saca un libro sobre los diálogos con Fidel Castro. Francisco siempre estuvo muy a contracorriente. También hay que valorar a la gente que madura sus posiciones con el tiempo, como Ernesto Cardenal, que fue uno de los más comprometidos junto a Camilo Torres en las luchas guerrilleras latinoamericanas y después fue cambiando de mirada. Falleció con una crítica muy fuerte al presidente Daniel Ortega que yo, sin ser nicaragüense, comparto. Todo ese bagaje de historia, de conocimientos y de luchas del ala cristiana del movimiento popular hoy tiene una expresión sintética en Francisco. Es la expresión más avanzada y más radical de un pensamiento anticapitalista, anticolonialista, antiimperialista y antineoliberal.

Los aprendizajes de diciembre de 2001

Bergoglio no pisa la Argentina desde febrero de 2013, pero hasta que se fue a Roma vivió frente a la Plaza de Mayo, en el arzobispado de Buenos Aires, ubicado al lado de la Catedral Metropolitana. Desde allí fue testigo de la represión policial durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, pero también de todo el proceso de resistencia de las organizaciones de desocupados desde el primer piquete de 1997. En 2005 afrontó la primera elección de un Papa y estuvo a un paso de ser electo, pero fue superado por el alemán Ratzinger, que renunciaría al cargo ocho años después y se transformaría en el primer pontífice en 500 años que abandona el cargo por dimisión y no por muerte. Dos años después, en

la V conferencia del Episcopado Latinoamericano, realizada en la ciudad brasileña de Aparecida durante mayo de 2007, Bergoglio busca sintetizar una nueva serie de definiciones políticas y teológicas para el clero continental, basadas en la centralidad de la religiosidad popular y la importancia de las periferias de la sociedad capitalista. Fue la primera de una serie de consideraciones políticas que Bergoglio luego plasmó desde el Vaticano en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* y en la encíclica *Laudato Sí*. En todos los casos, está la huella de la resistencia de los movimientos populares y de los desposeídos frente a la cultura del descarte de la sociedad capitalista actual.

Francisco es la expresión más avanzada y más radical de un pensamiento anticapitalista, anticolonialista, antiimperialista y antineoliberal.

-¿Cómo influyeron las luchas de los movimientos sociales argentinos entre 1997 y 2003 en las definiciones políticas del actual Papa?

-Yo creo que eso tuvo mucho impacto en su pensamiento. Por lo que yo sé y creo, Bergoglio es un hombre muy apegado a la idea de paz. Tiene horror al derramamiento de sangre y siempre buscó contribuir a la paz y a la amistad social, al ver tanta crueldad, tanto derramamiento de sangre inocente de sangre y luchadores. Estuvo ahí, enfrente del teatro de los acontecimientos. Con la cultura del encuentro buscó hacer su aporte a ese proceso. Creo que en esos años conoció lo que iba emergiendo y que hoy llamamos los movimientos sociales.

-¿Cómo intervino dentro de una jerarquía eclesiástica que miraba a los movimientos de reojo?

-Fue un proceso de aprendizaje. Fue acercándose a los desocupados, a las empresas recuperadas, a los cartoneros, a los costureros. A partir de 2005 con un vínculo más constante y a partir de 2007 todos los años hasta que lo eligieron Papa. Todos esos años hacíamos una misa anual por una sociedad sin esclavos ni excluidos, con los cartoneros, con las víctimas de trata, con los migrantes y yo creo que eso tuvo mucha influencia en él. También en la formación de, podríamos decir, el tramo final de su pensamiento con estas ideas de la cultura del descarte, de la exclusión como relación social paradigmática del capitalismo globalizado, de la cuestión ambiental como íntimamente asociada a la cuestión social y con la necesidad de reforzar el compromiso cristiano en las periferias, con el trabajo extraordinario del equipo de sacerdotes para las villas de emergencia.

-¿Qué nivel de importancia le dio Bergoglio a los curas villeros en su formulación teórica?

-Mucha, porque donde están en los barrios, son un bálsamo que va más allá de lo espiritual. Son un bálsamo social y político en el mejor sentido de la palabra. Son los que junto a los movimientos sociales resisten al avance del narcotráfico, de la degradación y del clientelismo a través de la organización comunitaria. Además, con la autoridad que les da ser fieles al evangelio y coherentes entre lo que piensan, lo que dicen y lo que hacen.

Hacíamos una misa anual por una sociedad sin esclavos ni excluidos, con los cartoneros, con las víctimas de trata, con los migrantes y yo creo que eso tuvo mucha influencia en él. También en la formación de, podríamos decir, el tramo final de su pensamiento con estas ideas de la cultura del descarte, de

la exclusión como relación social paradigmática del capitalismo globalizado.

La relación de Bergoglio con el peronismo y la CGT: sus críticas

El peronismo encierra muchas de las definiciones políticas de la Doctrina Social de la Iglesia y, en especial, la centralidad del papel de los trabajadores en una comunidad organizada. Bergoglio ha buscado retomar muchos de esos conceptos políticos en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, que algunos consideran un manual de conducción política de la Iglesia católica en la era bergogliana, con grandes conexiones con las definiciones del peronismo. Pero por fuera de las coincidencias teológicas y políticas, Grabois sostiene que la relación de Francisco con la CGT también está cruzada por críticas que no han cambiado luego del regreso del peronismo al poder, con la victoria de Alberto Fernández en las elecciones de octubre de 2019 y la emergencia de una coalición como el Frente de Todos, que incluyó a distintos movimientos sociales para derrotar al macrismo. La cuestión ambiental, las contradicciones entre asalariados y el peso político de Tierra, Techo y Trabajo en las perspectivas de lucha hacia el futuro frente al nuevo gobierno de Fernández.

-¿Qué nivel de atención le dan el peronismo y el movimiento obrero organizado a las definiciones políticas de Bergoglio?

-Lamentablemente impacta muy poco porque en general no hacen lo que dice Francisco que hay que hacer. Al movimiento obrero organizado, por el cual tengo un enorme respeto, Francisco les habla de la necesidad de sindicalización de los trabajadores de la economía popular, los excluidos del mercado laboral y del trabajo convencionado. Pero a nosotros, a la Unión de Trabajadores de la Economía Popular (UTEP),

nos acepta el Estado argentino, la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el Papa, pero la CGT no. Venimos reclamando el ingreso a la CGT como sindicato confederado y no logramos que lo acepten. Recorro bastante y me gusta hablar con los sindicalistas, porque así como hay sindicalistas que son garcas y corruptos, hay muchos tipos de las distintas líneas que saben mucho de su oficio, del mundo del trabajo, que viven en la misma casita que vivían cuando eran delegados. Hay muchos prejuicios desde el sector más progresista de ese sindicalismo con todos ellos. Pero además hay una demonización del movimiento obrero y en especial del movimiento obrero peronista. Pero insisto: en algunos puntos me parece que no hacen lo que Francisco dice.

Francisco le habla al movimiento obrero de la necesidad de sindicalización de los trabajadores de la economía popular, los excluidos del mercado laboral y del trabajo convencionado. Pero a nosotros, a la UTEP, nos acepta el Estado argentino, la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el Papa, pero la CGT no.

-¿Y en el peronismo actual, luego de la unidad de todos sus sectores para enfrentar al macrismo?

-En el peronismo también veo que hay una gran admiración, una gran aceptación, un gran respeto, pero callan ante la radicalidad del pensamiento de Francisco. Francisco está a un kilómetro a la izquierda de todo el campo político. Plantea una perspectiva revolucionaria, no plantea parches para seguir con situaciones funcionales a los intereses del sistema. Que eso no esté en el discurso, en la doctrina del campo nacional y popular argentino, para mi es una gran tristeza porque su influencia debería ser mayor.

-En estos años le han adjudicado una activa intervención desde Roma para unificar al movimiento obrero y al peronismo. ¿Es así?

-Es una influencia indirecta. Que yo sepa, y estoy bastante convencido de que sé, Francisco jamás le dio ninguna instrucción a ningún dirigente argentino en ningún lugar del mundo. Cuando era cardenal tampoco. Es un mito y una mentira absoluta que tiene una influencia directa. Son las cosas que dice (Elisa) Carrió porque le hubiese gustado ser papisa o presidenta como Cristina y no le dio la nafta. Y porque tiene un resentimiento venenoso, como los neoliberales posmodernos que se disfrazan de progresistas. En su versión más pura son el «macrismo duranbarbesco» que lo odian a Francisco porque expresa una agenda diametralmente opuesta a la de ellos. Esos son los que inventan el mito de un Papa preocupado por cómo se eligen los concejales de Ituzaingó, que es una cosa que no resiste ningún análisis.

-Bergoglio buscó sintetizar sus definiciones políticas para los trabajadores y los oprimidos con Techo, Tierra y Trabajo. ¿Para los movimientos populares son una definición reivindicativa o son un techo político para la paz social a la que le falta un programa de lucha?

-Yo creo que ese programa de lucha se va construir en Argentina, en América Latina y en otros lugares del mundo. Va a costar porque implica enfrentar intereses muy fuertes. Porque existen distracciones constantes para la agenda de la militancia, en las cuestiones que implican la lucha y la confrontación con los privilegiados. Eso genera mucha resistencia frente a las luchas individuales por los derechos civiles. La agenda de la posmodernidad es festejada por los grandes medios y las luchas sociales siempre son

demonizadas. Implican un desafío para los privilegiados e incluso para los que están de nuestro lado.

Yo creo que el programa de lucha por Techo, Tierra y Trabajo se va construir en Argentina, en América Latina y en otros lugares del mundo. Va a costar porque implica enfrentar intereses muy fuertes.

-¿Qué temas cree que tendrán más resistencia?

-Vamos a tener mucha resistencia frente a una lucha que solamente la pueden llevar adelante los trabajadores, los más pobres y los dirigentes con un alto nivel de compromiso con este sector de la población y con el futuro de la humanidad. Un ejemplo tiene que ver con las cuestiones ambientales.

-¿Cuál es el ejemplo más claro en Argentina?

-Nosotros no podemos estar nunca a favor de lo que pasa en Vaca Muerta. Tampoco de la mega minería contaminante, pero en nuestro campo político hay intereses empresarios y sindicales lógicos que quieren continuar con esos desarrollos.

-¿Cómo enfrentará esa contradicción en la búsqueda de una mayor unidad del movimiento popular?

-Bueno, ahí tendremos que hacer un trabajo de concientización. El otro día hablaba con Pignanelli de SMATA que es un tipo que sabe mucho y le tengo un gran respeto. Él me decía el problema que les generaba el auto electrónico en la generación de fuentes de trabajo de los obreros de las automotrices. Le genera pérdidas muy grandes a las 15 automotrices que dominan el mercado mundial.

-¿Cómo cree que puede resolver esas contradicciones?

-Son cosas que tienen un debate profundo. Cómo vamos a resolver un problema nacional e internacional de la clase trabajadora que es el desigual reparto de la masa salarial. Frente a la concentración de capital estamos todos de acuerdo con que hay que pelear por la distribución de la riqueza y esa es la contradicción principal, pero hoy, al interior de la clase trabajadora, el 10% de los asalariados se lleva el 50% de la masa salarial. Entonces tenemos trabajadores, como un periodista de una cooperativa que gana 20.000 pesos y otro en una empresa mediática grande, por el mismo trabajo, gana 100.000 pesos. ¿Cómo vamos a achatar esa pirámide? ¿Para arriba? ¿Se puede? Porque si nuestra aspiración es mantener esa pirámide, entonces podemos mantener dos clases distintas de asalariados que parecen clases sociales distintas.

-Bergoglio siempre buscó la unidad del movimiento obrero organizado en la CGT, pero en estos siete años de papado, ha recibido a pocos dirigentes sindicales, aunque la conducción cegetista ha viajado varias veces a Roma a encuentros internacionales, sin lograr que fueran recibidos por el Papa. Una vez, Francisco cuestionó la falta de transparencia de los sindicatos mientras la conducción cegetista estaba en un encuentro organizado por la Academia Pontificia de Ciencias Sociales de la cual sos consultor. ¿Cuáles son las críticas de Francisco a la conducción de la CGT?

-No sé bien qué pasó y es anecdótico. Pero siempre dijo lo mismo: resaltó el valor del movimiento obrero y de la organización de los trabajadores. Pero es crítico de los aspectos corporativos, de enriquecimiento de sus dirigentes. Son críticas muy acertadas y cuando digo que no le hacen caso a Francisco, es que no le hacen caso. Me acuerdo que les dijo: no gasten plata en venir a Roma. Y coincido: no hace falta que vayan veinte. Si con uno o dos alcanza. Y encima que

los veintipico sean siempre los mismos. Fue muy diferente el proceso de los movimientos populares: viajaron las bases, hubo rotación y en las fotos no estábamos nosotros, sino los compañeros de base. Los más representativos de su sector. Los protagonistas son esos compañeros y compañeras, lo que no significa que los dirigentes no tengan un rol, pero hay una cosa de atornillarse a la silla, que me parece muy dañina y creo que ahora hay más conciencia de ese tema y sobre el machismo que hay en el sindicalismo. También en la cuestión sobre la falta de renovación y de que los jóvenes asuman posiciones de liderazgo y de conducción.

-Con la elección de Alberto Fernández como presidente y el regreso del peronismo al poder, ¿cuáles son las perspectivas de lucha para el sindicalismo y los movimientos populares?

-Yo estoy preocupado por eso. Hay situaciones en las que cualquier militante o dirigente con conciencia política se da cuenta de que hay contradicciones principales, como la pelea con el 1% de los privilegiados. Sean ruralistas o jueces, es decir, los sectores concentrados del poder, y al mismo tiempo los acreedores externos y con los monopolios fijadores de precios. Esas son las prioridades. Pero si los trabajadores no sienten en su bolsillo y en su capacidad de consumo que estamos saliendo de la miseria macrista, vamos a tener que luchar. Ahora estoy leyendo mucho a Mao, porque es un experto en cómo desarrollar las contradicciones y tiene una idea que a mí me gusta: unidad y lucha. Unidad frente a estos sectores concentrados y lucha por las reivindicaciones. Creo que hay que hacer unidad y lucha, porque unidad sin lucha es una desviación burocrática, oportunista y conservadora. Mientras que lucha sin unidad es una desviación izquierdista. Tenemos que combinar unidad y lucha para conseguir los

objetivos de la clase trabajadora, en nuestro caso de los compañeros de la economía popular.

Creo que hay que hacer unidad y lucha, porque unidad sin lucha es una desviación burocrática, oportunista y conservadora. Mientras que lucha sin unidad es una desviación izquierdista.

El legado bergogliano

El octavo año de Bergoglio en el Vaticano: ¿Habrá un legado que cambiará la historia de la Iglesia?

Los historiadores sostienen que Francisco fue electo papa como representante de una iglesia joven, como la latinoamericana, para reemplazar al alemán Joseph Ratzinger, exponente del mando de una iglesia antigua, como la europea que lo había elegido en 2005 para terminar con la extensa agonía de Juan Pablo II, que condujo al Vaticano hasta su muerte. Sin embargo, el clero sigue escuálido en cuadros jóvenes y también en fieles.

-¿Cómo seguirá este proceso en los próximos años de papado de Bergoglio?

-No tengo demasiados elementos porque no conozco la institucionalidad eclesiástica. Siempre tendí a la desconfianza ante la institucionalidad eclesiástica. Hasta vincularme con Bergoglio no iba a misa desde que era pibe. Creo que la iglesia es el pueblo creyente. Iglesia viene de asamblea, de reunión del pueblo creyente. Yo sé que la institucionalidad tiene una importancia muy grande y no se la puede despreciar.

-¿A qué institucionalidad se refiere?

-Cuando se habla de jerarquía eclesiástica debo decir que esa jerarquía fue el salvadoreño Oscar Romero, o los argentinos

Miguel Hessayne, Jaime de Nevares y Enrique Angelelli, entre otros. Se trata de los obispos que en el continente promovieron en Chiapas el desarrollo del zapatismo y acompañaron las luchas de los setenta. Eran obispos, no eran pibitos de la parroquia. Yo tengo mucho respeto por esa institucionalidad, pero sé que hay un poliedro de líneas que se entrecruzan y también sé que ni el Papa, como él dice, tiene el monopolio de la interpretación de la realidad social. Mis categorías de análisis no son categorías eclesiales, aunque como cristiano intento que sean coherentes con el evangelio. No sé cómo se desarrollará la institucionalidad eclesial, pero sí sé que los pueblos no se suicidan y los pueblos que pierden su fe, su historia y sus mitos se suicidan. Quedan absolutamente vulnerables frente a la penetración neocolonial que pretende globalizar todo, hasta la estética cotidiana y el lenguaje, y que la única fe que quede sea el mercado y el consumismo. No creo que eso pase.

Creo que lo que está haciendo es sembrar algo que él no va a cosechar. Está sembrando conciencia y espiritualidad a largo plazo, que por ahí no se puede medir en estadísticas de cuántos bautismos hubo, ni cuántos seminaristas se hicieron curas.

-¿Pero quedará una nueva orientación en la Iglesia luego del papado de Bergoglio?

-Creo que lo que está haciendo es sembrar algo que él no va a cosechar. Está sembrando conciencia y espiritualidad a largo plazo, que por ahí no se puede medir económicamente en estadísticas de cuántos bautismos hubo, ni cuántos seminaristas se hicieron curas. Simplemente está ahí, en el aire. Es una persona que llegó a la máxima posibilidad de su mundo y que de alguna manera pone eso al servicio de los

pueblos y del evangelio y del seguimiento de las enseñanzas de Jesús.